

ranza de las obras clásicas de Onetti, la sutileza psicológica de Updike y esa compaginación de poesía y destrucción que aflora en muchos de los relatos de Malcolm Lowry, y que está a la altura de ellos.

JORGE ORLANDO MELO

Las letras colombianas se parecen más a las vacas que al cacao

Letras colombianas

Baldomero Sanín Cano

Colección Autores Antioqueños, vol. I
Departamento de Antioquia. Medellín,
1984, 271 páginas

El comentario sobre la reedición de un libro de Baldomero Sanín Cano es, sin duda, un buen lugar para referirse a uno de los más constantes y menos consistentes lugares comunes de la vida literaria nacional: que en Colombia no hay crítica literaria. Como ocurre con estos tópicos, su significado es siempre elástico y sirve para probar cualquier cosa: si lo que se quiere es decir que en estas tierras no nacieron Hipólito Taine o Benedetto Croce u otro autor de alguna teoría estética que haya influido en la creación o en la interpretación, la cosa es cierta: no hay críticos en Colombia y ésta no es la patria de Foucault —aunque, a ratos, pareciera—. También la tesis es cierta si se pretende comprobar diciendo que desde estos lares no se han arrojado nuevas luces sobre la *Divina comedia* o Thomas Mann o Federico Nietzsche o Antonin Artaud, a pesar de los ingenuos —cuando no patéticos— esfuerzos de algunos colombianos, no sólo para descubrir el agua tibia, sino de hacerlo por correspondencia y a (des)control remoto.

Pero en lo que respecta a la codificación, comentarios, elogios, diatribas y valoraciones de la producción nacional, la tesis no parece tan consistente. El hecho es que sí existen una historia y una crítica de la literatura colombiana y desde tiempos remotos tenemos una tradición

de estudios críticos y de registros bibliográficos salpicada de polémicas, y compuesta con los siempre inevitables ingredientes de clubes de elogios mutuos, crónica menuda, academismo, francotiradores, contadores públicos juramentados de las letras y juiciosos comprobadores de datos, como sucede en las elites culturales de cualquier país.

Una crítica de las proporciones justas de nuestra creación. Y pacienzuda: ¿cómo no reconocer el minucioso trabajo de los compiladores, que han codificado exhaustivamente la obra de algunos de nuestros escritores? ¿No es un admirable trabajo el de Héctor Orjuela al compilar dos tomos de obra inédita de Rafael Pombo, elaborar la biografía y la bibliografía correspondientes y escribir un meritorio texto crítico? ¿Y no ameritan igual reconocimiento las labores de Guillermo A. Arévalo con Luis Carlos López y Eduardo Cote Lamus, de Pedro Gómez Valderrama con Jorge Gaitán Durán, de Miguel Escobar con León de Greiff, y etcétera y etcétera?

Si se concede que no es esta labor arqueológica la propia del crítico, que su tarea consiste en el análisis, en el esclarecimiento, en la interpretación, bastaría señalar los estudios de Hernando Valencia Goelkel sobre Porfirio Barba Jacob o sobre Eduardo Cote, de Juan Gustavo Cobo Borda sobre Álvaro Mutis, de Marino Troncoso sobre Manuel Mejía Vallejo, del muy nuestro Ernesto Volkening sobre Gabriel García Márquez, y los trabajos de síntesis, como los realizados por Eduardo Camacho Guizado y Rafael Gutiérrez Girardot para el *Manual de historia de Colombia*, para mostrar un respetable corpus crítico de nuestras letras. Por otra parte, si se adscribiera la función crítica, con exclusividad, a los intentos de hacer la historia de la literatura colombiana, también puede enumerarse una lista de autores que, incluso, llevaron su celo histórico hasta el punto de convertir sus registros en inventarios taxativos de todo lo escrito en el país, lo cual tiene la desconsoladora ventaja de que el pasado no le depara a la sensibilidad

de nuestro tiempo ninguna obra maestra oculta o desconocida. Pero si la función crítica se adjudica al otro extremo de la cuerda del historiador, a esa visión diaria, centrada en la actualidad, sin perspectiva de futuro o pasado que realiza el periodista o polemista o el simple cazador de cabezas, también en Colombia ha habido de estos géneros de crítica: qué decir de las sesudas y anacrónicas y sarcásticas polémicas de Guillermo Valencia, o los duelos en verso sobre cuestiones literarias entre Caro y Pombo; o qué decir de los textos parricidas de Tejada, de Carranza, de los nadaístas; o qué decir de la agudeza y la claridad que desde el quehacer periodístico han tenido Hernando Téllez o Germán Vargas o —el mayor de todos— Baldomero Sanín Cano.

En fin, todo indica que la producción literaria colombiana ha sido codificada y valorada; si ésta es la función de la crítica, hay que admitir que la tarea se ha cumplido. Buena o mala, tenemos nuestra crítica literaria. Y, aunque a la hora de hacer la crítica de la crítica pueden hallarse blandura, mediocridad, convencionalismo, también pueden encontrarse intuición y claridad; en menor grado, como en todas partes. Tenemos la crítica que merecemos y, por milagro, a veces, mejor de la que merecemos.



Una crítica mejor de la que merecemos, en ocasiones, como en *Letras colombianas*, uno de los pocos textos que don Baldomero Sanín Cano escribió como libro, cuya primera edición data de 1944 (México, Fondo de Cultura Económica) y que acaba de reeditar Extensión Cultural de Antioquia añadiéndole un apéndice con algunos de los otros muchos artículos que don Baldomero escribió acerca de autores colombianos.

Los cuarenta años que pesan sobre la primera edición de este libro

parecen no haberlo afectado sensiblemente. Si, como lo han dicho Juan Gustavo Cobo o Germán Arciniegas, don Baldomero fue un colombiano que se anticipó a sus contemporáneos —tantas generaciones cuantas pueden haber en 97 años de vida—, forzosamente se sigue, y se comprueba con este libro, que Sanín Cano es nuestro contemporáneo.

Sanín Cano nació en Rionegro en 1861 y murió en Bogotá en 1957. Maestro de escuela en su nativa Antioquia, bibliotecario en Bogotá, allí mismo gerente del tranvía de mulas, secretario del presidente Reyes, ministro encargado, diplomático, lector de la Universidad de Edimburgo: ninguna de estas tareas lo caracteriza tanto como su actividad de escritor, ejercida en las páginas de la Revista Contemporánea, La Nación, de Buenos Aires, y El Tiempo, de Bogotá. Esta labor justifica los elogios de toda la *intelligentzia* latinoamericana de su tiempo, como dice Cobo Borda: José Carlos Mariátegui, Gabriela Mistral, Mariano Picón Salas, Francisco Romero, Pedro Henríquez Ureña, Juan Marinello. Diez libros publicados en vida, compilaciones de lo que iba escribiendo, sin grandes pretensiones, con claridad y agudeza, su biografía de un párrafo nunca quedaría completa si no se cuenta su relación con Silva y la influencia que ejerció sobre José Asunción, la más legítima: la influencia de la amistad.

Letras colombianas es la óptima demostración de que, en nuestro caso, tienen más tino estas lecturas de síntesis que los ladrillos históricos que desde Vergara y Vergara y Antonio Gómez Restrepo se repiten hasta nuestros días.

No necesita extenderse en honduras lexicográficas, ni en la exploración de influencias; no apela a citas convalidadoras, no es excesivo ni en el elogio ni en el ditirambo: es algo mucho más que eso: es un lector inteligente, perceptivo, que ejerce, como decía Hernando Valencia Goelkel, con estilo que tiene “la impureza utilitaria de la docencia”.

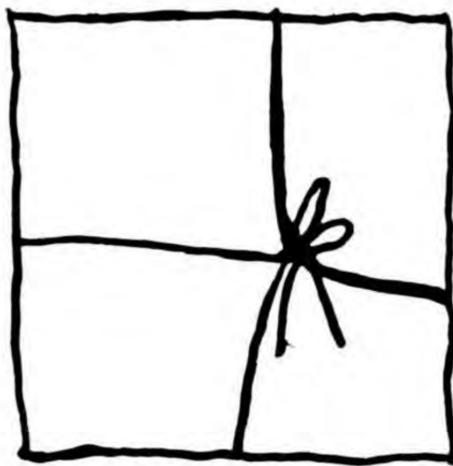
En el capítulo introductorio, Sanín hace un balance de su materia: “La literatura colombiana no es una

planta indígena como las patatas o el cacao, sino un organismo trasplantado como la vaca o el trigo a estas regiones por la conquista española”. Y aclara: “No por esto debe pensarse, como algunos quisieron darlo por sentado, que nuestra literatura carece de rasgos propios estrictamente nacionales. Los tiene, sin duda, entreverados en la fronda de influencias anexas al origen hispánico de que se ha hablado. Estas influencias [...] son francesas en su más significativa y mayor parte y también son inglesas en mucho menor escala”.

El resumen de Sanín Cano parte de la Colonia y llega hasta el modernismo, pero en el anexo se le han agregado algunos textos que abarcan épocas posteriores, como en los casos de León de Greiff y Luis Carlos López.

Meritoria reedición de un libro de Baldomero Sanín Cano, ese autor que, como dice Hernando Valencia Goelkel, le habló a Colombia “un lenguaje serio, un idioma para adultos, severo y sin halagos, nacido de un entrañable respeto que no podía incurrir en la pedantería pero tampoco podía caer en la adulación”.

DARÍO JARAMILLO A.



Costumbrismo de barriada

Es tarde en San Bernardo
José Libardo Porras Vallejo
Taller de Escritores, Biblioteca
Pública Piloto. Medellín, 1984

Contrariamente a lo que podría pensarse, la narrativa colombiana posterior al hecho central que constituye

la obra de Gabriel García Márquez, ha tomado rumbos distintos de los trazados por nuestro premio Nobel. El “gabismo” se ha infiltrado mucho más en el periodismo que en la narrativa, y los tics, los procedimientos codificables y el sentido de lo insólito han contagiado a nuestros periodistas y se les han atravesado como una presa difícil de digerir.

Forzoso es reconocer también, que aunque en el periodismo se ha producido ese fenómeno paródico, también del periodismo ha salido la obra narrativa más importante escrita por alguien más joven que García Márquez; como son los tres libros publicados por Germán Castro Caycedo.

Aparte de la excelente obra de Castro Caycedo, aparte de *Que viva la música* del fallecido Andrés Caicedo, la narrativa postgabiana en Colombia cuenta con un elenco de nombres más o menos conocidos, algunos bastante prolíficos, pero ninguno autor de alguna obra consagradoria. Si bien fueron lo bastante sensatos para escapar a la órbita gabiana, las disyuntivas que han enfrentado hasta ahora no han sido cabalmente resueltas. Aparte de las contribuciones del premio Nobel, la violencia se quedó sin una narrativa memorable y la ciudad es un enorme queso que todavía no han probado los roedores literarios. Aunque lo parezca, este juicio no sentencia el fracaso; al contrario de lo que sucede con nuestros poetas, que escriben —por lo general— lo mejor de lo suyo mientras son poetas jóvenes, la narrativa colombiana ha comprobado ser obra de hombres maduros. Y si algo puede decirse de la generación que Isaías Peña Gutiérrez llama “del Frente Nacional”, es que se trata de escritores con oficio, con perseverancia, con profesionalismo, que a lo largo de su vida literaria han venido publicando obras de sostenida calidad y de quienes cabe esperar mucho.

Y otra cosa más puede decirse. Gracias al magisterio de muchos de ellos (el mejor magisterio en estas cosas de la creación, que es la desobediencia), gracias al camino que han desbrozado, y gracias también a